

M. MARKUSEN

El
rastro
de un
susurro



THRILLER

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del M. Markusen. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Primera edición 2019

Segunda edición 2021

© M. Markusen. Todos los derechos reservados.

Safe creative 'El Rastro de un Susurro' 2679450766543

Instagram @marcmarkusen

Portada adquirida en Canva.com

www.mmarkusen.com

EL PEOR DÍA DE MI VIDA

ALAN BRODY

¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? Ahora que había alcanzado la felicidad...

No puede ser real.

El sufrimiento que aflora de mi interior es inmenso e insoportable. Todo espíritu tiene un límite marcado por una línea y cuando la agonía la sobrepasa, la cordura emprende una muerte lenta y la locura renace como una raíz en el cerebro que crece despacio, controlando tu mente como un psicópata saboreando tu carne.

¡Dios misericordioso, eres incapaz de imaginar lo mucho que ahora te odio!

Acurrucado en el interior de la parte trasera de una ambulancia con las puertas abiertas y en mitad de la noche, observo cómo el fuego purifica mi propiedad y la transforma en polvo gris que se cae a pedazos.

Decenas de curiosos se amontonan tras un muro controlado por policías. El sonido de sus vulgares voces se mezcla con las órdenes de los agentes, impidiendo su paso, y con el crepitar del fuego.

Mis padres compraron la hermosa montaña de ladrillos, ahora bañada en llamas y desmoronándose, pocos meses antes de mi nacimiento. Dos pisos rebosantes de una independencia lo suficiente sólida como para dar refugio a una pequeña familia y a su felicidad durante muchos años. El exterior está, o quizá debería rectificar y decir "estaba", decorado con un delicado y minúsculo jardín donde solamente se podían almacenar un par de matorrales. Ni uno más.

Mi madre solía decir que plantar un puñado de flores a lo largo de nuestra vida no cambiaría el mundo, por ello, para dejar una huella en los demás, nuestros actos debían ser más intensos. Por mi parte, opino que hacer algo, por leve que sea, es hacer algo, ¿no te parece? De todas maneras, ¿qué tiene que ver un jardín con cambiar el mundo? A veces, mi madre me daba unos consejos de mierda y algo confusos.

Volviendo a mi hogar, o lo que queda de él. Las paredes eran gruesas e impedían que mis vecinos se enfadaran por escucharme yendo al baño a altas horas. ¿Ruido por sexo? Me duele confesar que, exceptuando este último año, en esta casa hubo poco.

Los edificios de mi barrio están perfectamente alineados con el mío, formando un largo semicírculo. En las noches más iluminadas, se puede ver al final de la carretera el reflejo de las luces de los edificios altos que están en el centro de la ciudad.

Mis padres trabajaron muy duro, durante largos y pesados años, para conseguir quitarse de encima la asquerosa deuda de la casa. Ambos murieron hace cinco años en un grave accidente de tráfico mientras celebraban sus bodas de plata. Al ser hijo único, no tuve problemas al repartir la herencia entre uno solo. Al principio, disfruté de la soledad, pero, con el tiempo, la casa se fue haciendo cada vez más y más grande. Hasta que un día conocí a Judith, me enamoré de sus ojos y la compartí con ella, con el amor de mi vida, que en este mismo instante atraviesa los restos de la entrada principal de mi casa, metida dentro de una bolsa de plástico negro para cadáveres, con un olor a carne quemada que excitaría a un caníbal.

Sí, es real. Mi chica ha muerto devorada por el fuego, y dos de los bomberos cargan con sus restos hasta su descanso temporal en la parte trasera de una ambulancia que está a pocos metros de la mía. Ahora no tengo con quién dormir ni dónde hacerlo; solo una pequeña manta arropada sobre mi espalda me hace compañía.

Echo un ojo a la casa de al lado y mi mirada conecta con la de mi vieja vecina. Como es costumbre en ella, me observa desde la seguridad de su solitaria morada de piedra. La anciana no aparta sus brillantes pupilas de los movimientos de los demás residentes para contárselos a su almohada.

Judith era la única de la zona que se llevaba bien con ella. Mi chica la visitaba de vez en cuando y regresaba a casa con un táper lleno de galletas supuestamente caseras porque, al poco, descubrí que la vieja putrefacta las compraba en el supermercado. Aun así, eran gratis, y no se rechaza un regalo tan delicioso. A mí, esa señora siempre me ha caído como una patada en la boca con unas botas manchadas de mierda. Me criticaba a espaldas de Judith, llamándome a la cara soso

y empalagoso, sin embargo, cuando ella estaba delante, estrujaba mi mejilla y me halagaba.

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué chico más guapo y más listo! —mentía, aplastando mis carrillos—. ¡Qué suerte has tenido cazando a un hombretón así, querida Judith!

Puta vieja...

Maldita seas un centenar de veces.

Entra en tu puta cueva y vuelve a quedarte a solas con tus sucios gatos, insolente y nauseabunda centenaria arrugada.

Los bomberos han dejado de correr, y deambulan como zombis con pocas ganas de destripar a un superviviente. Algunos arrojan algo de agua con una manguera debilitada, eliminando los últimos vestigios de fuego que aún permanecen latentes. Agradezco su interés por eliminar el fuego por completo, pero ¿de qué sirve salvar una montaña de ladrillos calcinados? ¿Por el dinero del seguro? Esos cabrones chupasangre de mi aseguradora me darán, con mucha suerte, una palmatita en la espalda y una entrada para el cine, para una película nacional, es decir: una basura. Lo mejor será vender el terreno, sacar lo que pueda, y después ya veré. Ahora mismo, no tengo la cabeza para pensar en esto.

Según avanza el tiempo, las sirenas inician el cese de su canto y las voces de los bomberos se silencian. No hay duda de que su trabajo está llegando al final.

Lloro..., lloro en soledad. Unifico todos los lamentos de mi vida y los expulso como uno solo, fuerte y uniforme. Intenté salvarla con todas mis fuerzas, lo juro por Dios, pero fueron insuficientes. Tendría que haber sido mi turno para el abrazo de la guadaña de la muerte, no el de ella. En el interior de mi cabeza, recuerdo su cuerpo envuelto con intensas llamas, paralizado y tostándose. Es una escena insufrible..., una pesadilla perfecta.

Un hombre delgado y encorvado, de unos cincuenta años, entra agazapado en la parte trasera de la ambulancia en mitad de mi llanto. Viste un elegante traje negro y lleva puesta una reluciente corbata gris, todo recién lavado y planchado. Me parece un uniforme demasiado refinado para pertenecer a un simple agente, así que, por lógica, debe tratarse de un alto cargo. Sus mejillas rebosan cicatrices y su cuerpo

desprende un aroma repugnante a cerveza y tabaco, similar al de un matón barato. En su mano derecha, sujeta una carpeta plana. Un bolígrafo, atado con un nudo simple, cuelga de esta y se tambalea como un ahorcado.

Se sienta delante de mí y cierra la puerta del vehículo con suavidad para que nos quedemos aislados. Todavía escucho las voces de los curiosos de fuera que, al intentar atravesar el metal de la cabina del vehículo para llegar hasta mis oídos, suenan como un eco lejano.

—Hace una noche espléndida, ¿no le parece? —opina con voz grave y ligeramente afónica—. El calor era intenso esta mañana, pero a estas horas sopla un aire fresco muy agradable.

¿Cómo me puede hacer esta pregunta a mí, ahora? ¿Se ha dado cuenta de que lo he perdido todo? ¿Este tío es imbécil, o qué coño le pasa? Empatizar un poco es gratis, amigo.

—No me había dado cuenta de ese detalle. Estaba más pendiente del olor a quemado de los restos de mi pareja que del frescor de la noche —respondo con sarcasmo.

—Obvio. Disculpe mi falta de tacto. —Mira una ficha—. Veamos... Usted es Alan Brody y tiene treinta años. La misma edad que la fallecida, Judith Hall, ¿verdad? Al menos, eso es lo que indica la documentación que han localizado mis compañeros.

—Eso es. Ambos teníamos la misma edad.

—¿Es usted varón?

¿Quién dice "varón" hoy en día, un formulario para la tarjeta de descuento de un supermercado de barrio? ¿Cuántos años tiene este tipo?

—No, soy duque, el duque Lorenzo Von Matterhorn —respondo, otra vez, con sarcasmo—. ¿A usted qué le parece?

—Perdone. Hoy en día hay tantas opciones... que tenemos que confirmarlo todo. —Carraspea—. Moreno de pelo corto. Ojos verdes. Con cara de buen chico —susurra y apunta... ¿Cara de buen chico?—. ¿Qué tal se encuentra, señor Brody? ¿Le duele algo? ¿Tiene alguna herida?

Estoy trastornado y en estado de shock absoluto, lo cual es lógico teniendo en cuenta el drama que estoy atravesando, pero veo absurdo contárselo a este hombre.

—Me encuentro perfectamente, gracias.

—Aun así, le inspeccionará un médico en unos minutos, por si las moscas. —Da golpecitos en su libreta con el bolígrafo—. Fue usted muy valiente entrando en su casa para salvar a Judith, aunque, por otra parte, también fue una acción muy temeraria para su propia vida. Comprendo y respeto ese impulso, señor Brody. Yo habría hecho lo mismo por mi esposa si se hubiera visto envuelta en un incidente similar, pero debe comprender que salvar a dos personas requiere más tiempo que salvar a una.

—¿Insinúa que retrasé a los equipos de rescate y ella murió por mi culpa? —le pregunto, enfadado.

El hombre suspira.

—No, se confunde. No quería decir eso —aunque lo ha dejado caer—, pero si no hubiésemos entrado a sacarle a usted, todo se habría agilizado más y, bueno... ¿Comprende lo que le intento decir, señor Brody?

Quiero partirle su boca diente por diente y mostrarle el resultado en una sesión fotográfica. Pero me contengo. Demasiado estrés por hoy, además, me enviaría a la cárcel de cabeza.

—Por supuesto que lo comprendo —miento—. Me dejé llevar por el instinto y no pensé en las consecuencias, señor...

—Inspector Irons —se presenta. Medito durante un pequeño instante y mi vigilante respeta mi deseo sin pronunciar palabra alguna. Los ojos de Judith, el amor de mi vida, resaltan entre la oscuridad de mi interior, volando libres a través de mi dolor—. Lamento mucho lo sucedido, sinceramente. Sé que no es el mejor momento para hacer esto, pero tendrás que responder unas preguntas.

Interrumpe mi meditación.

Más lágrimas se deslizan a través de mis mejillas.

—Pregunte lo que quiera y ayudaré en lo que pueda. Le doy mi palabra, inspector.

Cedo.

Da, por segunda vez, ligeros toques en su libreta con el bolígrafo.

—¿Dónde estaba usted cuando se inició el incendio, señor Brody?

Comienza el interrogatorio.

Seco mis lamentos con la manta que me han prestado.

—Trabajando. Soy camarero en un restaurante del centro desde

hace unos años. Un vecino me avisó por teléfono y acudí lo más rápido que pude. Cuando llegué, el fuego estaba muy avivado y los bomberos venían de camino. Los vecinos, al verme corriendo hacia el interior de mi casa con un ataque de pánico, intentaron detenerme, pero como usted sabe, no lo consiguieron.

—¿Puede demostrar que usted estaba en su puesto de trabajo cuando esto sucedió, señor Brody?

Me doy cuenta del rumbo que están tomando sus preguntas.

—Hay cámaras de seguridad en el local. Pida las grabaciones a mi encargada. Seguro que se las mostrará sin ningún inconveniente. —De hecho, estaría obligada por ley a hacerlo ante una orden—. Mis compañeros también me vieron trabajando; pregúnteles a ellos.

—Tomo nota.

Escribe algo a mano.

—Respecto a su método para tomar nota. ¿Sabe que existen las libretas digitales? —sugiero.

—Lo sé, pero soy de la vieja escuela. No me fío de los aparatos modernos. Esta libreta jamás me ha fallado.

Detesto mi trabajo, pero, sobre todo, a mi encargada. Es capaz de amargarme el día, por muy bueno que sea; por eso es mejor ignorarla. Ella se convierte en una excusa para arrojar el despertador con furia contra la pared al apartar las sábanas por las mañanas.

No lo hagas contra el suelo si lo que pisas es parquet de calidad; no hace falta ser tan estúpido.

—Según me han comentado en el registro, usted es el único propietario del inmueble incendiado, ¿no es así? —comenta el inspector Irons.

—Eso es. Lo heredé de mis padres.

—¿Cuánto tiempo hace que vivía con la señorita Hall?

—Desde hace poco más de un año —respondo, fatigado y con ganas de terminar el puñetero interrogatorio.

—¿Discutían a menudo? —me pregunta sin rodeos, y me pongo más nervioso por segundos. ¿Este capullo intenta detectar mentiras en mis respuestas y temblor en mi voz? Un momento... ¿Cree que tengo algo que ver con esto? ¡Eso es absurdo! Supongamos que hubiera que-

rido asesinar a mi chica. ¿Qué sentido tendría quemar toda la casa entera? —. Responda, por favor — impone.

— Por supuesto que hemos discutido alguna vez. ¿Qué pareja no lo hace? — opino, sin temblar —. ¿Usted no riñe con su mujer de vez en cuando?

— Señor Brody, soy soltero. Cuando mencioné a mi esposa, lo hice como ejemplo.

No me extraña que este hombre esté solo.

— ¿En serio? No me lo habría imaginado — miento —. Pues los hombres como usted, tan cuidados y con un cargo tan importante, tienen mucha demanda entre las solteras jóvenes.

Apesta y da miedo.

Coloco una pierna por encima de la otra para relajarme. Me incomoda la vomitiva cara de este tipo, llena de viejas heridas y cortes, mirándome fijamente e intercambiando sus ojos con su libreta, escribiendo sin parar. Me da la impresión de que analiza mis gestos más que mis respuestas.

— ¿A qué se dedicaba su mujer? — pregunta.

Garabatea en su libreta, pero no alcanzo a ver qué anota.

— No estábamos casados, éramos pareja.

— Gracias por la aclaración, pero no era esa la pregunta. ¿A qué se dedicaba ella?

Viejo maleducado de mierda...

— No lo sé, nunca me lo dijo.

En verdad, desconozco ese dato. No he mentado; nunca me lo contó. Llegué a pensar que era prostituta, pero no me habría importado, la verdad. La amaba por encima de todo.

— ¿Es una broma? — se sorprende —. ¿No sabe cuál era el trabajo de su pareja? Permítame que lo dude. Aun así, ¿nunca se le ocurrió preguntar a su compañera?

Me siento ofendido por sus insinuaciones. Estúpido, engreído y cicatrizado hijo de puta.

— Por supuesto que se lo pregunté, sin embargo, ella nunca soltó prenda. Cosas de mujeres, supongo.

¿Qué coño acabo de decir? ¿Cosas de mujeres? Parezco imbécil. Voy de cabeza al calabozo.

—¿Ella aportaba dinero para los gastos de la casa?

—Claro.

—Por lo tanto..., ella debía tener un empleo o una pensión, señor Brody.

—Supongo. Se marchaba antes de comer y llegaba justo a la hora de la cena.

—¿Supone, señor Brody?

—Mire, no sé de dónde venía ese dinero, ¿vale? Si era dinero negro, eso es problema suyo, inspector. Además, ustedes pueden acceder a toda esa información con los datos que han recopilado, ¿me equivoco? Les dije a sus hombres dónde guardaba Judith su documento de identidad.

—Efectivamente y como dije, mis hombres han encontrado el documento y están solicitando información a la central.

—Entonces, yo le sirvo de poco, inspector.

Su presencia se vuelve insoportable e incómoda para mí. Le imagino ardiendo mientras parlotea. Busco en el interior de mis recuerdos el rostro de mi niña para que calme mis nervios. Llega a mis pensamientos su largo pelo castaño y sus ojos grandes, brillantes y azules.

—¿Conoce algún familiar cercano de la fallecida que deba ser informado?

—No, que yo sepa. Ni cercano ni lejano. Nunca mencionó a ningún pariente suyo.

—Ya veo... —Se rasca la nariz. En su mano tiene una verruga cuadrada de un centímetro que me recuerda al Monte del Diablo de la película *Encuentros en la Tercera Fase*—. ¿Algún dato más? ¿Hay algo en concreto que debamos saber sobre ella?

Hago memoria y sí, creo que hay algo.

—Tenía pequeños tatuajes por todo su cuerpo, especialmente en los brazos.

—¿Tatuajes? —susurra.

—Animales, símbolos nórdicos, figuras... No medían más de dos centímetros.

—Lo anotaré. —Vuelve a desgastar el bolígrafo sobre su vieja libreta—. En resumen. Metió en su casa a una mujer sin familia, pasado, y con un trabajo desconocido. —Se rasca la frente—. Señor Brody,

puede que le ofendan estas palabras, pero es raro de cojones. Aquí veo dos variantes. La primera, en la que usted me dice la verdad y sin pensar en las posibles consecuencias, llevado por el amor —frunce el ceño—, metió en su casa a una desconocida.

—Ella era clienta del restaurante donde yo trabajaba. Algunas noches, venía a cenar y hablábamos durante pocos minutos, pero esos instantes bastaron para que me enamorara de ella. Tenía un aura que me fascinaba.

—Es usted un romántico, ¿eh? Fue un paso arriesgado, según mi opinión. Pero luego está la segunda variante en la que usted, por el contrario, me miente y oculta algo. Detesto las mentiras.

—La decisión de traer a una desconocida a mi casa fue personal, y los motivos no le incumben —aclaro, molesto.

Percibo al inspector examinando cada pequeño gesto que hago, cada movimiento de mi cuerpo... ¿Este tío no cree ni una palabra?

—Seguiremos hablando en otro momento. ¿Podría facilitarme el móvil de algún pariente o amigo para que se haga cargo de usted, o tampoco conoce a ninguno? —pregunta con sarcasmo.

—Pariente... no, están muertos o viven lejos. Pero en cuanto a amigos, solo tengo uno.

Le digo el número de mi amigo, apunta despacio, y deja reposar el bolígrafo en un costado de la libreta.

—Todo correcto. Señor Brody, desgraciadamente debo informarle que estará usted bajo arresto hasta que se resuelva este turbio asunto.

¿Turbio? ¿No estará insinuando de nuevo que soy el responsable? Se acerca a mi espalda y ¿me pone unas putas esposas?

—¿Me toma el pelo, inspector? No tengo nada que ver con esto.

—No se preocupe. Si usted es inocente, quedará libre, pero antes tendremos que hacerle más preguntas y este no es el lugar adecuado.

—Revisa mi brazo derecho—. Veo que tiene unas ligeras quemaduras. Como dije, en un instante le atenderá un médico, así que relájese.

Se marcha y deja una de las puertas levemente abierta. Un puñado de policías no me quita el ojo de encima. Me agobia un poco estar dentro de este habitáculo con tantas miradas acosándome.

El equipo de emergencias hace tiempo que ha terminado el trabajo y recoge sus utensilios.

Entra un joven auxiliar médico armado con unas enormes gafas, cara de idiota y un acento divertido.

— Buenas noches, señor Brody. Por favor, tumbese y examinaré sus quemaduras — me indica.

— Será complicado. Me han esposado las manos a la espalda.

— ¡Oh! Bueno, pues no se mueva. Intentaré echarle un vistazo sentido. — Saca vendas y botes blancos de un maletín — . Fue muy valiente al entrar en su casa a pesar de las llamas. Solo quería que supiera mi opinión.

— Vaya... Gracias.

Su cara de idiota... quizá no sea para tanto. Ante mis ojos, saca una jeringuilla de su envoltorio y la llena con diez mililitros de un medicamento. Me produce un profundo escalofrío. Desde pequeño he detestado profundamente las agujas.

— Me producen pánico las inyecciones — explico, entre ligeros temblores.

— ¡Vaya por Dios! Belonefobia, miedo a las agujas. — Se echa a reír, pero a mí no me hace ni puta gracia — . No se preocupe, es una fobia muy natural y más común de lo que cree. Yo también la tuve de niño, y con el tiempo aprendí a gestionar el miedo. Por mi parte, le prometo que no le dolerá. Soy todo un profesional, se lo aseguro. — Introduce, tembloroso y con torpeza, la aguja en mi carne. Mi pulso se acelera, fuera de control — . Esto le calmará el dolor un poco.

¿Seguro que es tan profesional como asegura? Me ha dolido.

— ¿Cuánto tiempo hace que es usted auxiliar?

— Pues..., le confieso que esta es mi primera semana tras terminar mis estudios y todavía me estoy adaptando al ambiente de la policía.

— Lo he notado cuando me ha puesto la inyección. — Observa mi piel en detalle, buscando problemas que se pudieran haber producido debido al intenso calor del fuego — . ¿Todo está en orden, novato?

— En principio sí. Está usted perfectamente, a excepción de una quemadura leve en el brazo derecho. Pero no es nada que deba preocuparle.

El techo de la ambulancia, tan blanco como un folio virgen, inicia una distorsión del espacio, el tiempo y la realidad. ¿Qué me pasa?

— Me siento extraño — susurro —, y algo mareado.

—¿Cómo? ¿Se encuentra mal? —El novato mira el recipiente del líquido que me ha administrado. Veo el nombre: Retakina—. Vaya... —sonríe, preocupado y derramando una gota de sudor por su frente—. Me va a tener que disculpar, señor Brody. He cometido un error de novato. En vez de un calmante, le he administrado un somnífero. —¡Este imbécil no puede hablar en serio!—. Espero no haberme pasado con la dosis, porque podría ser mortal...

Contra mi voluntad, mi cuerpo me cierra los ojos y entro en un sueño profundo. El medicamento que circula por mis venas cumple bien su función.

2

UNA LLAMADA INESPERADA

JAMES GALVIN

He caído en la trampa, ¡otra vez!

Putra obsesión...

“James, necesito que vengas a mi despacho para terminar un informe”, me ordenó mi jefa con un mensaje al móvil.

No hay que terminar ningún informe; es una excusa muy obvia para hacerme venir como si fuera un perro obediente. De hecho, soy periodista y no redacto informes, ¡pero no de noticias importantes, no! Mi función en esta empresa de mierda es redactar artículos para una reconocida página web de prensa rosa, y lo aborrezco.

En fin...

Con mi amada chaqueta de cuero de color marrón oscuro y mis vaqueros desgastados, observando la ciudad desde una gran cristalera en su despacho, ubicado en la cima de este imponente edificio, espero a que llegue mi jefa. Este lugar es grande y moderno. Un gran sofá rodea una mesa de cristal y, al fondo, hay un bar con todo tipo de bebidas nacionales y de importación. El contenido de esas botellas cuesta más que mi casa. Los muebles están adornados con recuerdos de sus viajes: la máscara de un extraño dios africano con grandes ojos, un elefante de madera tallado a mano, y un plato con piedras brillantes fabricado en... ¿Estas cosas no las hacían los suecos?

Ella también es presidenta de otras importantes compañías. Se podría decir que una porción del planeta le pertenece, y no exagero. Posee un imperio entero que incluye varias marcas de ropa, una importante web de noticias en la que espero trabajar y, su mayor fuente de ingresos, la web de compras en Internet.

Fuera, la noche es tan profunda que hasta las ratas duermen. Debido a la luz de los vehículos y de los edificios, no se ve ni una estrella. Odio el cielo de esta ciudad, vacío y frío.

A mi lado está su mesa, orientada hacia el exterior, porque le fascina contemplar la ciudad como si fuera una diosa, poderosa y deseada. Cuando alguien entra, gira su silla de piel como lo haría una hermosa actriz, mostrando sus apetecibles y perfectas piernas.

Sé que la noche será larga, divertida e interesante junto a ella. Necesitaré café, montañas de café, majestuosos océanos de café; lo suelo tomar al trabajar en la oficina de la web y al hacer, por definirlo sutilmente, horas extra.

Mi rutina consiste en levantarme por la mañana, tomar una dosis de café, espabilar, teclear e ir al baño para fraternizar con la taza durante unos pocos minutos por culpa de la cafeína, volver a mi puesto de trabajo, teclear a toda velocidad, e ingerir más café. Enviar correos electrónicos mientras el sol comienza a descender, más café, y palabras en la pantalla que cuentan vidas ajenas que no me importan y solo existen para satisfacer el hambre de curiosos que desatienden la suya. Segunda entrevista tradicional con el cuarto de baño, muchas ganas de terminar la jornada, y llega la noche. Mirar el escote de la secretaria con deseo sin que ella se entere al entregarle unos documentos y, ya que la mitad de la plantilla se ha marchado, intentar conquistar el planeta Námek en una intensa cruzada virtual. Pero no me puedo quejar; sé que otros pagarían e incluso matarían por estar aquí para hacer estas... horas extra.

Se abre la puerta y entra ella, hermosa y espectacular, como cada vez que la veo, acompañada de un perfume fresco que acelera mi pulso hasta notar mi corazón golpeando mi caja torácica como un alien intentando nacer. Pasa sus manos sobre su largo y ondulado cabello oscuro y lo aparta hacia detrás, lanzando un leve gemido para recuperar fuerzas tras una larga jornada plagada de reuniones y toma de decisiones. Sus tacones caros emiten un eco imponente tras cada uno de sus pasos, un sonido que me hace temblar. Lleva puesto un traje ajustado, azul turquesa, que resalta el contoneo de su cuerpo y seguramente cuesta más que mi coche. El corte de tela deja ver su atractiva espalda, ahora refugio de su melena negra.

Podría ser mi madre a sus cincuenta años, pero eso no impide que sea una mujer imponente. Todo en ella me infunde un profundo deseo.

—Lamento el retraso, James —se disculpa con su voz madura y seductora, mientras arroja unas llaves dentro de un recipiente de cristal sobre un mueble blanco—. Quería tenerte aquí porque ha sido un día muy estresante y necesito divertirme un poco. Disculpa mi cara de zombi.

Si los zombis tuvieran su cara, me arrojara sobre una horda para ser devorado vivo.

—Buenas noches, señora Lambert, y no necesita disculparse —saludo, educadamente—. No se nota el cansancio en su rostro. Está usted resplandeciente, como siempre.

—Agradezco tus halagos, James —suspira—, pero no es cierto. Los años pasan y hacen mella en mi piel. Los tratamientos ayudan, pero solo sirven para retrasar lo inevitable. —Pasa delante de mí como si no existiera y se sienta en la silla de su mesa con un cruce de piernas—. Es una lástima que también te vaya a ocurrir lo mismo con el pasar de los años. Tu piel es preciosa, pero no puedes enfrentarte al inevitable paso del tiempo. ¿Cuántos años tenías?

—Treinta, señora Lambert.

—Treinta... —Sonríe, melancólica—. Hermosa etapa de la vida. Amor, desamor, experiencias, oportunidades, lugares por descubrir, bebidas por probar... Disfruta de esos momentos, te lo aconsejo, porque a mi edad no lo experimentas de la misma manera. Todo se repite, una y otra vez, y nada te satisface.

—No lo creo, señora Lambert. Si me permite el atrevimiento, estoy seguro de que usted ha vivido y le quedan por vivir experiencias que yo no me puedo permitir.

Su risa madura despierta mi interés.

—Estás en lo correcto, James. La gente con poder, como yo, puede hacer lo que le dé la gana, pero ese privilegio es un arma de doble filo. Siempre querrás más. Por mucho que experimentes, te acostumbrarás y buscarás algo nuevo, y cada vez será más complicado cumplir tus deseos. —Se estira sobre su silla—. No lo entenderías. Como se suele decir, "son cosas de la gente con pasta". En fin... ¿Empezamos de una vez? Tú eres el deseo que quiero cumplir esta noche.

—Claro, Nicole —tuteo.

Me acerco hasta ella y la beso con fuerza y pasión. Me empuja y

me... ¿aparta, muy molesta?

— ¡¿Pero qué coño crees que estás haciendo, puto imbécil?! — grita, furiosa—. ¡Y encima, ¿tuteándome?! ¡¿Cómo te atreves?!!

Me da una bofetada tan fuerte que casi me hace caer al suelo. Mi mejilla escuece como los tirones de un profesor del siglo pasado.

— ¡Perdone, creí que esta noche sería como la otra, señora Lambert!

— ¿Tú, creías? — Está muy molesta—. Lo que hicimos la otra noche no fue más que un error. Divertido y placentero, lo admito. Pero un error.

— En realidad, señora Lambert, no hubo solo una noche. Con esta, habría sido la quinta vez.

Se aproxima con paso lento, firme y furioso, conectando su mirada con la mía y fundiendo mis ojos con un rayo rojo invisible.

— ¿Crees que soy una mujer que se acuesta con cualquiera? ¿Me besas sin permiso y, para colmo, insinúas que yo, una de las mujeres más poderosas e influyentes del mundo, es una fulana?

— ¡Lo siento, no quería decir eso!

Una decena de aterradas gotas de sudor se deslizan por mi cara y terminan en mi barbilla.

— No hace falta que sigas disculpándote, James, porque estás despedido.

¡No me jodas! ¿Acaba de despedirme? ¡Tengo una casa que mantener, hija de puta! ¡¿Qué se cree esta?! ¡Se va a enterar de quién es James Galvin!

— Tengo... gastos, señora Lambert — tartamudeo, cagado de miedo—. Lo podemos solucionar de alguna manera.

Una risa perversa suena bajo sus labios sellados y terminan con una sonrisa orgullosa.

— Eso haberlo pensado antes de haberme besado sin mi permiso, guaperas. ¡Fuera de mi despacho ahora mismo! — Alza el dedo con rectitud y señala la puerta de su despacho—. ¡A la puta calle!

Acepto mi destino. Mi diosa ha pisoteado mi valor y se ha limpiado sus zapatos de tacón en tierra manchada con mierda.

— Como usted quiera, señora Lambert.

Me acerco a la puerta, todavía con dolor en la mejilla. Cuando agarro el pomo con mi mano, oigo reír a la señora Lambert como una niña

escuchando un chiste gracioso.

—Eres un idiota, querido James. ¿Te lo has creído? ¿Tan buena actriz soy? —Incluso riéndose de mí, tiene clase y me atrae. Mueve su dedo índice coqueteando e indicando que me acerque hasta ella, y obedezco como un perro fiel. Cuando alcanzo su elegante y caro vestido azul turquesa, me abraza y me mira a los ojos, mordiendo su labio inferior—. Perdóname, mi niño. He tenido un día muy estresante y me apetecía reír un poco. —Acaricia mi cabello corto y pelirrojo—. ¿Estás enfadado conmigo?

No puedo evitar ser sumiso hasta decir basta.

¡Vale, vale! Sé lo que piensas, quién quiera que seas. “Sé más valiente y no dejes que te utilice.” Lo intento, pero, simplemente, no puedo. Ella es superior a mí, en todos los aspectos, y moldea mi cerebro como si fuera arcilla en las manos de Patrick Swayze y Demi Moore en la película Ghost.

—Señora Lambert...

—Nicole —rectifica.

—Nicole, me has hecho daño en la mejilla, ¿sabes?

—¿Sí? Pobrecito, mi chico. —Me habla como si fuera un niño pequeño, y me encanta. Acaricia mi barba, apurada y pelirroja, y baja su mano hasta alcanzar mi cinturón. Lo desabrocha haciendo sonar el metal—. Sé cómo calmar tu dolor. —Lame mis labios de abajo a arriba tras desabrochar mi cinturón y liberar a mi compañero de batalla, que ya está listo para este combate; empapa la palma de su mano con su lengua y posteriormente lo envuelve con esta. Me toca con suavidad, estimulándome sin dejar de mirarme con una sonrisa, emitiendo un sonido gelatinoso con la palma de su mano—. ¿A que ahora te sientes muchísimo mejor, mi chico?

—Infinitamente mejor, Nicole.

Lanzo un ligero gemido cuando un tenue placer llega. Me fascina la habilidad que tiene esta mujer acariciando mi miembro con su mano.

—Me gustan los hombres maduros, con experiencia. Detesto a los niñatos novatos que me dejan a medias —susurra en mi oído, sin dejar de acariciar a mi compañero, que empieza a enviar señales de placer a mi cerebro a toda velocidad—. Pero tú eres la excepción. Algo de ti

llama mi atención. —Muerde el lóbulo de mi oreja—. Eres mío, James.

—Necesito hacer el amor de nuevo contigo, Nicole —suplico.

—¿Hacer el amor? —se burla—. Puede que otro día lo hagamos.

—Une sus labios con mi oreja—. Hoy me apetece follarte —susurra, tan bajo que casi no la escucho.

Mierda... Es muy habilidosa, y si no detiene su mano ahora, dejaré el suelo empantanado con mi ejército de renacuajos microscópicos.

—Nicole, si no paras —me encojo— creo que me voy a...

Deja de tocarme justo antes del lanzamiento, deteniendo el clímax, y quedo paralizado, temblando de placer. Sonríe, orgullosa, y aprieta mi mandíbula con su mano, todavía pringada con su saliva.

—¿Vas a qué, James? —Mis soldaditos se detienen a las puertas del gran castillo y golpean la madera, ansiosos por salir, haciéndolo palpar—. ¿Vas a qué? —Coge a mi compañero y, otra vez, de arriba abajo, de extremo a extremo, lo estimula con una experiencia sublime. Me inunda con su perfume perfecto—. Te correrás cuando lo decida. Si lo haces antes, estás despedido, y ahora hablo en serio —dicta como una profesora estricta.

El aliento de su apetecible boca rozando mi oreja, combinado con sus insinuantes palabras y con el tacto de sus manos, habilidosas y suaves, me pone al filo de la navaja. Mi empleo pende de un hilo. Mi sistema nervioso se pasa de revoluciones y, de nuevo, se acerca el orgasmo.

Joder, ¡no puedo controlarlo!

¡Mi compañero de batalla ya no aguanta más!

Nicole aparta su mano, riendo como una sádica, apuñalando a un inocente, desgarrando su carne y derramando su sangre. Esta vez, Nicole ha rozado el límite y alcanzo un leve orgasmo. Agarrado a su mesa con mis manos temblorosas, pero feliz, lanzo un par de gotas sobre el suelo del despacho de mi jefa, como un adolescente precoz manoseándose con su pareja por primera vez.

Por poco no llego al punto sin retorno.

—¡Casi manchas mi elegante vestido, James! —se queja, burlona, la señora Lambert. Estruja mis mejillas de nuevo mientras mi corazón empuja mi pecho con mucha fuerza—. Te dije que te ibas a correr cuando yo te lo ordenara, y todavía no te he dado mi permiso. ¿Sabes

por qué me atraes tanto, mi niño? En la vida, en ocasiones, surgen atajos para tener éxito. —Puede que la madura y hermosa mujer sea una demente, pero me da lo mismo, porque estas horas extra son increíbles—. A otros imbéciles les da miedo hacer trampas, pero a ti no. Sé qué es lo que buscas, y te lo puedo dar. —Levanta su vestido por debajo, con suavidad, haciendo sonar la tela y mostrándome su apetecible cuerpo. Lo pasa sobre su cabeza hasta quitárselo, dejándolo caer a un lado, y quedando en hermosa lencería interior. Únicamente lleva puestos sus tacones altos, unas medias de encaje negro y tanga del mismo color, sin sujetador, mostrando sus pechos perfectos. Su aura me fascina y me hace perder la razón—. Si me dejas satisfecha, el puesto que tanto deseas en el periódico será tuyo, James. Te doy mi palabra.

—No te mentaré, no hago esto solo por el trabajo. Te deseo.

—Lo sé, y por eso siempre me quedo con ganas de más. Mis amantes no aguantan mi ritmo y me dejan a medias, por eso he pensado que, con algo que te motive, serás capaz de satisfacerme. *Quid pro quo*, James. Tú me haces ascender a los cielos y yo te asciendo en la empresa. —Se acerca al gran cristal de su despacho, con toda la ciudad observándonos en la noche y, desnuda, apoya sus manos sobre el frío vidrio—. Ven a mí y hazme volar. Si me regalas la mejor noche de sexo de mi vida, tendrás tu puesto.

Abre sus piernas, dobla su espalda y aparta su ropa interior, ofreciéndome su firme culo y, bajo él, su húmeda vulva. Apuesto mi vida a que se ha operado algo, pero no me importa, porque tiene un cuerpo envidiable a sus cincuenta años. Acaricia su entrepierna con sus dedos con intención de excitarme y tentarme, aunque no es necesario, porque ya estoy ardiendo.

Me quito los pantalones junto a mi ropa interior, y lo dejo todo sobre la mesa de la señora Lambert. Muy excitado, agarro a mi compañero fiel con suavidad y lo introduzco despacio en su interior, húmedo y caliente, emitiendo ambos un gemido de placer. Sujeto sus caderas y hago el amor con mi jefa. Sus alaridos de alegría me indican que está disfrutando. Aparta su larga melena con un movimiento de cabeza para dejarla caer sobre su espalda. Se gira y me mira, sonriendo con picardía y mordiendo su labio inferior.

Sé qué me insinúa con ese gesto y lo que desea. Agarro su cabello, tirando de él con fuerza como si fuera a cabalgar, y acelero. Una y otra vez, me adentro en su área más íntima y secreta con brutalidad. Golpeo sus magníficas y apetecibles nalgas con mi cadera.

Ambos jadeamos y gemimos, sudando como animales salvajes apareándose en mitad de la noche.

Algún mirón, desde un edificio colindante y con prismáticos, podrá deleitarse con este bochornoso espectáculo.

—Nicole —suenan un golpe profundo al chocar nuestra carne—, no sé si seré capaz de aguantar mucho más tiempo.

El orgasmo se aproxima.

—¡No te detengas ahora, mi niño! — ruega.

Su cuerpo se estremece con cada embestida. El cristal me permite ver a través de un tenue reflejo cómo, sonrojada, babea por su boca y sus pechos se columpian.

¿Algo vibra y emite una melodía desde un bolsillo de mi pantalón, sobre la mesa de la señora Lambert?

No puede ser.

¿Justo ahora?

Seguro que me llaman para que vaya a recoger a mi madre en el centro de terapia donde trabaja, por envenenar el café con el agua de fregar, otra vez.

—Me llaman... por el móvil... y debo atender —comento, tartamudeando y babeando, con mis mejillas a punto de fundirse por el excitante calor.

—¡¿Bromeas, James?! —se queja la señora Lambert, incrédula—. ¡Si te detienes ahora, olvídate del ascenso!

Ahora mismo, el ascenso es lo último que tengo en mi cabeza. No me despegaría de su cuerpo aunque viera un meteorito gigante aproximándose tras la cristalera. De hecho, me parece una buena forma de morir, quemado por el fuego de una explosión mientras hago el amor con mi jefa.

—Tranquila, no hace... falta parar, Nicole —la calmo y, sin dejar de cumplir con mi obligación, extendiendo un brazo para agarrar el móvil, mientras con el otro sigo sujetando su cadera.

—James, te doy mi palabra. Si sales de esta oficina sin darme al menos un orgasmo, despídete de estas horas extra para siempre — amenaza Nicole.

Esta mujer sabe cómo chantajearme, la verdad.

Mierda, creo que me voy a correr.

Céntrate, James.

Piensa en un monstruo grotesco; piensa en un orco o un Critter.

—Puedo... aguantar, Nicole. Confía en mí... ¡Mierda, me viene!

¡Orco horrible y Critter deforme!

—¡James, no me jodas! —refunfuña la señora Lambert—. ¡Ignora el puto teléfono!

Bien, mantengo un buen ritmo de embestidas y el placer está estable. Creo que puedo aguantar.

Alcanzo mi móvil y miro la pantalla.

¿Número desconocido?

Nadie en su sano juicio atendería una llamada en esta situación, pero hace rato que no llega suficiente sangre a mi cerebro.

Descuelgo y hablo.

—Estoy ocupado. Espero que sea... —no, ¡no! ¡Aguanta!—, ¡joder! ¡Espero que sea importante!

Tengo que reducir el ritmo para no combinar mi charla con el éxtasis sexual.

—¿En serio has descolgado? ¿Estás de puta coña, James? —susurra la señora Lambert al notar un descenso en el ritmo de mis golpes—. ¡Ahora no frenes, imbécil; estaba a punto! —Ella mueve su cintura para compensar la disminución de mi velocidad y provoca que el orgasmo se acerque, esta vez, a un ritmo imparable—. No te separes de mí, ¡ni se te ocurra!

—¿Señor Galvin, James Galvin? —preguntan desde el otro lado.

—Sí, soy... ¡yo!

Orcos, trolls, critters...

Respira, James, y contrólate.

La entrepierna de la señora Lambert está caliente y húmeda, y esa lubricación dificulta mi concentración.

—Le habla el inspector Irons, de la policía. —No soy lo suficiente adicto a ciertas sustancias ilegales como para recibir una llamada de la

policía, y menos de un inspector. Es por mi madre, otra vez. ¡Lo sabía! —. ¿Usted conoce al señor Brody?

Vaya. Esto no me lo esperaba.

—¿Alan? —pregunto.

El sonido de nuestra piel chocando rebota por todo el despacho y estoy seguro de que llega hasta el móvil.

—¡James, me corro! —grita susurrando la señora Lambert.

Ella no es la única.

Llega al orgasmo. Acelera y retuerce su cuerpo para amplificar el clímax, haciendo bailar a mi compañero por su interior como un gusano explorando el suelo. Su entrepierna se empapa con una cantidad atroz de fluidos que yo siento en mi miembro, aumentando mi placer hasta...

No, ¡no!, ¡¡no!!

¡¡Orcos y Critters!!

—Lo conoce, ¿verdad? —pregunta el inspector Irons.

—¡Claro que... sí..., Dios mío! ¡¡Lo conozco!! —exclamo, envuelto en impulsos cerebrales.

—Joder, James, eres increíble —balucea la señora Lambert—. Quiero más de ti, mucho más.

Es inútil luchar contra lo inevitable, y menos con esta maravilla de mujer ante mis ojos, con su cuerpo esculpido por el deseo. Llego al placer máximo, ese punto de no retorno al que los hombres llegamos como si fuera el horizonte de sucesos de un agujero negro. Lanzo fuertes eyaculaciones en el interior de la señora Lambert, que jadea sonriente y recupera el aliento apoyando sus pechos en el cristal. Tembloroso y satisfecho, me aparto de su cálido interior y mi cuerpo expulsa un par más de cohetes de espeso fluido sobre sus hermosas nalgas y su tonificada espalda. Mis soldados resbalan por su piel y caen al suelo.

Me siento de maravilla, como si el paraíso se mostrara en el horizonte tras una larga vida sin pecados.

—¿Alan? Por supuesto que lo... —El placer se reduce de manera gradual tras llegar a la cima, de la misma manera que un globo perdiendo aire. Recupero el aliento y hablo con más claridad—. Claro que lo conozco; es un amigo de la infancia. ¿Por qué me lo pregunta?

Se crea un extraño y tenso silencio entre mi interlocutor y yo.

— Señor Galvin, ¿se encuentra usted bien? — pregunta el inspector.

— ¡Sí, sí! Es que tengo el síndrome de tartamudez ocasional. Es un trastorno muy raro — me invento y carraspeo—. ¿Me decía?

— Decía que hubo un incendio en casa del señor Brody y me ha pasado su contacto. ¿Sería posible que viniera a la dirección de su amigo lo antes posible? Necesito que se haga cargo de él.

— ¡¿Cómo ha dicho, un incendio?! ¿Alan está bien?

Unas sedosas manos acarician mi torso.

— James, mi niño, me muero de ganas de que me folles de nuevo — insinúa la señora Lambert, besando mi cuello. ¿Qué demonios desayuna esta mujer para tener tanta energía a su edad?—. Necesito más. ¿Te apetece ducharte conmigo?

Siseo a Nicole pidiendo que guarde silencio un momento. Ella refunfuña y retrocede, cruzándose de brazos.

— Su amigo Alan está bien, no se preocupe — explica el inspector—. Le contaré la situación cuando llegue. Ahora, debo colgar, porque me parece que el auxiliar médico novato la jodió con el sedante.

Cuelga.

¿Sedante?

Esta llamada es más importante que una noche de pasión con mi jefa.

— Lamentándolo mucho — ni te imaginas, Nicole, cuánto desea mi pene quedarse—, debo irme.

— ¿Dices que te marchas ahora, dejándome insatisfecha? — se queja la señora Lambert—. ¿Qué ha ocurrido, ha muerto tu madre o algo así? Debe tener unos cien años, es el ciclo natural de la vida. Si te quedas, pagaré el funeral y compraré mil flores para su lápida.

— No tiene nada que ver con mi madre. A Alan, mi mejor amigo, le ha pasado algo grave. Mañana vendré a verte y seré todo tuyo, palabrada del Niño Jesús.

Beso mi pulgar con fuerza para sellar mi promesa.

— ¿Tu compañero de piso, el que folla con su mano derecha? — se confunde—. ¿Qué le ha pasado esta vez al pajero de tu amigo?

Se sienta desnuda sobre la mesa, cruzando sus perfectas piernas y arreglando su largo y felino pelo.

Es una diosa y yo soy su devoto fiel...

James, ¡céntrate!

Me pongo mis pantalones con dificultad porque mi compañero se estira para entrar de nuevo en Nicole, intentando alcanzarla igual que un niño frente a una tienda de chuches tirando del brazo de su padre.

—El pajero que mencionas se llama Data —corrijo—. Alan es otra persona, es un amigo de la infancia, Nicole.

—Llámame señora Lambert, James.

Está molesta y es lógico.

—Disculpe..., señora Lambert. Comprendo su enfado. Del ascenso, mejor no hablamos, ¿verdad?

—En efecto, estoy enfadada, James. Y, efectivamente, olvídate del ascenso. No has cumplido tu parte. Pero no me quedará a medias, no te preocupes. —Abre un cajón y saca un aparato extraño, pequeño y con un orificio. Al activarlo, emite un sonido similar al vuelo de un mosquito. Lo acerca a su... No puede ser lo que creo que es—. James, te presento a Chupito. Puede que no sea tan atractivo e interesante como tú, pero es eficaz en su trabajo y jamás se cansa. —Sus piernas tiemblan al conectar el aparato con su húmeda vulva y Nicole grita exageradamente para que me dé cuenta de qué me estoy perdiendo—. James, mi niño..., ¿de... verdad tienes... que marcharte? —balbucea, envuelta en placer.

Orcos...

Critters...

Salgo por la puerta antes de cambiar de opinión, dejando atrás a mi jefa y amante, y tomo aire al cerrar.

James, céntrate. Casa de Alan.

Entro en el ascensor y pulso el botón del aparcamiento.

Detesto la prensa rosa y, por lo tanto, mi trabajo. Decir estupideces sobre famosos me parece soporífero. ¿Dejarlo? Imposible. Hay un vigilante llamado apartamento tirando de mí. No me importa la vida de las personas sobre las que escribo lo más mínimo, pero si he de sobrevivir, ¿qué opción me queda? Por otra parte, no todo es tan malo. Las noches como esta, acompañando a mi jefa, son salvajes y maravillosas.

Nicole me utiliza y chantajea, soy consciente de ello, pero me encanta. Cada vez que pienso en ella, recuerdo sus piernas y sus pechos

aplastados contra el cristal, con la gran ciudad al fondo brillando.

Orcos...

¡Orcos...!

El ascensor alcanza el aparcamiento. Camino hacia mi coche junto al eco del hormigón, matando un relajante cigarrillo.

Alan Brody, mi viejo amigo de la escuela, y al que no veo desde que metió en su casa a esa chica hace alrededor de un año. Vivimos en la misma ciudad y, aun así, no he sabido nada de él. ¿Qué le costaba llamarme? Aunque, pensándolo fríamente, mi madre también vive en esta ciudad y apenas la llamo una o dos veces al año.

Entro en mi falso deportivo de segunda mano con la inspección técnica caducada desde hace dos años, apago el cigarrillo en el cenicero rebosante de colillas, arranco, y conduzco.

Tras una media hora sorteando peatones, semáforos en rojo y patinetes eléctricos, llego a las afueras de la ciudad, a la dirección de Alan. Coches patrulla iluminan con su luz todo el barrio, que se ha quedado en la penumbra por algún motivo que desconozco. ¿Puede que tenga algo que ver con el incidente en casa de Alan? Es posible que el fuego quemara algún cable, pero soy un negado con la electricidad, y cualquier suposición que haga será inventada.

Aparco tras una muchedumbre que curioseas. Todavía es de noche y hace un tiempo fresco y agradable.

Donde vivo, destacan los altos y oxidados rascacielos para pobres. Esta parte de la ciudad es diferente, más clásica. ¡Cuántos recuerdos de mi infancia me trae esta zona, jugando al balón con Alan!

El lugar conserva el encanto de siempre, con el persistente olor a orina que emana de las puertas de los garajes, y el suelo de roca cuadrada que se niega a dar paso al avance del asfalto. Algunas de las casas en la parte más alejada del vecindario apenas se mantienen en pie, resistiendo más de sesenta años sobre sus cimientos, mientras jóvenes adosados las abrazan para sostenerlas.

Aparto a las personas que cuchichean tras una valla de seguridad, deseosos de ver salir un cuerpo sin vida. Es muy aburrido si no hay víctimas, es lo que piensan y guardan en lo más profundo de su alma oscura.

Me acerco a uno de los guardias que habla por un comunicador.

—Disculpe, agente. Me llamo James Galvin —saludo.

—Ahora no tengo tiempo para charlar con usted, ¿vale? —contesta, estresado y algo alterado—. Tengo que organizar todo este alboroto. Si necesita ayuda, llame a la central. —Mira al público—. ¡Por favor, ¿pueden bajar la maldita voz?!

—Me ha llamado el inspector Irons para recoger a Alan Brody. Señalo con el dedo índice a la casa por la que sale algo de humo. Mierda...

Espero que Alan esté bien.

—¡Oh, es cierto! —rectifica—. Disculpe un segundo, si es usted tan amable. No se mueva de aquí, por favor.

—Claro, no se preocupe, haga su trabajo. No me moveré.

Se pierde entre los coches patrulla, corriendo con torpeza.

Hay dos ambulancias cerca. Una de ellas tiene la puerta trasera ligeramente abierta. Por ella, asoma una manta cubriendo a una persona durmiendo; la otra deja ver, ligeramente, una bolsa negra con un contenido obvio.

Se detiene mi respiración.

¿Alan? No creo que sea él, no me habrían llamado para llevármelo a casa. Debe ser otra persona.

Si no es Alan, ¿quién ocupa la bolsa para cadáveres? Debe ser... ¿Judith, su chica?

No me jodas...

Pobre Alan.

El fuego se ha extinguido y los bomberos recogen sus utensilios. La casa de Alan está toda quemada. ¿Qué narices ha pasado aquí?

El agente vuelve dando saltos con su uniforme de novato y sujetándose la gorra con una mano para no perderla. Me mira como un niño inocente, empollón y sumiso, pulidor de deberes de matones para evitar una inminente paliza. Da un poco de pena, la verdad.

—Señor, pase —me dice—. Le acompañaré hasta el inspector Irons. Aparta la valla y entro.

—Muchísimas gracias.

Una de las ambulancias se marcha con los restos de Judith. Me asomo por la puerta ligeramente abierta de la otra y veo a Alan, dormido. Este conserva las mismas facciones de despistado de siempre.

Fuera y pegado a la puerta del vehículo, un hombre de unos cincuenta años, cuya piel fue fabricada en la guerra, sostiene una libreta y no deja de escribir en ella. No se consiguen esas cicatrices jugando a los videojuegos ni leyendo libros. Al verme, estrecha su mano con la mía.

—¿Señor Galvin? —pregunta—. Soy el inspector Irons. Hablé con usted por el asunto de su amigo.

—Es un placer. —Es prioritaria la educación superficial y obligatoria—. Me gustaría saber por qué está Alan dormido. ¿Ha sufrido alguna especie de trauma o algo parecido?

—No, nada de eso. Su amigo estaba un poco alterado por obvias razones, y el muy capullo del auxiliar médico novato le administró un somnífero en lugar de un sedante. Pero no se preocupe por su colega, despertará en apenas unas horas.

El inspector mira durante un segundo a Alan. ¡Qué asco! Su mejilla empeora cuando la ves de perfil, cortada y perforada.

—¿Alan sufrió alguna herida por el incendio? —pregunto, preocupado por la salud de mi amigo.

—El señor Brody estaba perfectamente, solo tenía una ligera quemadura en un brazo. —No deja de escribir aleatoriamente en su libreta mientras habla—. Ni siquiera hizo falta curársela, y el auxiliar solo trató de calmarle un poco, pero su estado de ánimo era perfectamente comprensible teniendo en cuenta que acababa de perder a su pareja.

Lo que me temía.

—Entonces, ¿Judith ha muerto? —pregunto, sorprendido—. No puedo creerlo.

—Desgraciadamente, sí. Estaba en la casa cuando se inició el fuego.

—¿Por qué Judith no pudo escapar?

—Eso es confidencial.

—Soy periodista, ¿sabe? —No parece importarles mucho—. Yo podría ayudarles si lo necesitan.

El inspector con la cara reconstruida, deja descansar a sus dedos y esconde el cuaderno bajo su brazo.

—James Galvin... ¡Ya decía yo que su nombre me era familiar! Le conozco. —¿En serio me conoce?—. Mi madre le sigue en las redes sociales y en la web donde trabaja. Acabo de recordar la admiración que siente por los reportajes que usted escribe sobre la vida de los famosos

de pacotilla. — Me golpea con las notas sobre el pecho con prepotencia. ¿La madre de este tipo sigue viva? Debe tener trescientos años—. Cuando necesite saber cuál es el programa favorito de un asesino en serie, cuál es el color preferido de un psicópata demente, o de qué equipo deportivo es fanático un violador perturbado, no se preocupe, que le llamaré a usted sin dudarle ni un segundo.

Gilipollas...

Enciendo un cigarrillo.

Tengo la respuesta perfecta para él. “Si quiere, puedo firmarle un autógrafo para su madre con este dedo”, mostrándole el dedo corazón.

No lo hagas, James...

Fumo para evitar ser grosero con él. Con esa cara, el viejo solo podría satisfacer su ansia sexual con un trueque económico o aceptando el onanismo, lo que explicaría su mal carácter.

De nuevo, se sumerge en sus apuntes, ajeno a todo.

—Entonces, ¿qué quiere que haga ahora, inspector?

—¿Tiene prisa?

He dejado a medias a una de las mujeres más poderosas y atractivas del planeta, y si vuelvo con ella, podré terminar lo que empecé.

—No, la verdad.

—Pues, fume tranquilo y espere órdenes.

¿Cree que es mi jefe o qué? Si no lo hiciera por Alan, mandaría a este tipo a tomar por culo.

Echo un ojo a mi amigo que duerme como un niño. Me pregunto, ¿qué soñará? Seguramente, con su amada recién fallecida.

SOÑANDO A TRAVÉS DEL AGUJERO

ALAN BRODY

Tomo aire con fuerza y dificultad, desnudo, retorcido en posición fetal sobre un suelo desconocido, y frágil como un bebé recién nacido. Hace mucho frío y la humedad es excesiva. Mis músculos, contra mi voluntad, se contraen igual que la máquina de ejercicios de un Teletienda cutre, convirtiendo cada intento de moverme en un siglo de intensa tortura. Lucho contra mis párpados, cerrados con fuerza, y consigo ver.

No sé cómo he llegado hasta este pequeño habitáculo, sin una puerta o ventana, y sin apenas luz ni oxígeno.

¿Dónde estoy?

No parece una prisión, más bien..., diría que es una especie de trastero vacío.

¿Qué lugar es este? ¿Quién me ha traído hasta aquí? ¿Habría sido el auxiliar novato, ayudado por el inspector cicatrices? No tenían pinta de psicópatas, aunque dudo que exista un estándar definido para las personas que padecen ese trastorno.

Una diminuta habitación cuadrada me custodia con sus cuatro paredes bañadas de moho y óxido. Inhalo en profundidad el poco aire que me rodea para empujar mis piernas con mi alma y alzarme. Me duelen todos los huesos, y mi cuerpo pesa un millón de toneladas, pero soy capaz de ponerme en pie tras un titánico esfuerzo.

Un extraño crujido cercano, similar a madera partiéndose, me sobresalta. Busco la procedencia del eco y, al descubrir su origen, me siento confuso al no haber notado ningún dolor cuando mi fémur derecho, rompiéndose en dos, rasgó la piel de mi muslo para asomarse. No brota ni una gota de sangre por mi pierna, solo una masa de carne y grasa escapa por el hueco.

¿Me inyectaron algún tipo de droga y por eso no siento ningún dolor?

Quito de mi cabeza la idea de buscar un médico. Lo último que necesito en este momento es un cirujano acorde con la decoración de las paredes. Tengo que actuar y buscar una salida, pero ¿cómo lo hago con la pierna literalmente partida en dos?

Quedo ciego.

Todo se apaga de repente, y me veo obligado a reparar el daño de mi extremidad palpando entre la total oscuridad. Coloco el hueso en su lugar y la herida... ¿se restaura al instante? ¿Pero qué coño...?

Escucho un murmullo llegando desde fuera de la sala. La luz regresa y, en esta ocasión, una puerta de salida se presenta ante mí. La voz continúa en el exterior, susurrando con un tono agresivo. ¿Con quién habla? No lo preciso con exactitud, no distingo las palabras; estas suenan como si salieran de una garganta bajo el agua.

Un pomo dorado, un diminuto y metálico guardián de la puerta, gira con sigilo por su propia cuenta. La puerta se abre suavemente y sus bisagras emiten un leve chillido.

— ¿Quién eres? — pregunto.

Nadie responde.

Un impulso instintivo eriza los pelos de mi nuca y me pone en alerta. Corro a cerrar la puerta para evitar que el intruso entre. La empujo con el hombro y la coloco en su lugar, y al tocar el metal del pomo, la palma de mi mano se quema como si hubiera acariciado una fundición. A diferencia del fémur, mi mano sí duele.

Me aparto por la herida y no logro evitar que la puerta se abra. La soledad está a punto de terminar, y no sé si será para bien o para mal.

Antes fueron mis huesos y ahora llega el turno de mis músculos. Un impulso involuntario los contrae con mucha más violencia que al despertar en este lugar, y me encojo con la intención de evitar que los tendones se partan igual que gomas demasiado tensas.

¡Si continúan comprimiéndose tan ferozmente, se acabará desgarrando mi piel!

El dolor es feroz.

La puerta cede el paso al visitante. Se detiene a pocos centímetros de mí, colocando unos elegantes zapatos frente a mis ojos. Unas manos invisibles aplastan mi cabeza contra el suelo, porque no soy digno de ver el rostro de mi visitante.

—Te encontraré —Su voz madura me amenaza y se impone, como el sonido de un dios—. No importa dónde te escondas.

El aire desaparece y me cuesta respirar.

Mierda, me estoy ahogando.

Mi torso se retuerce como una hoja de papel entre las manos de un estudiante mediocre. Mi acompañante no me quita el ojo de encima; lo sé por el sonido de su respiración. Me observa mientras sufro.

Posa la palma de su mano sobre mi columna, quemándola. Escucho el crepitar de mis huesos y el olor de mi carne abrasada, y no puedo evitar gritar de dolor.

—¡No me toques, joder, me quemas! —ruego.

—No importa dónde te escondas —repite.

La tortura se reduce hasta disolverse y, al instante, se hace un profundo silencio. Todo ha cesado y mi cuerpo vuelve a ser libre. Increíblemente, miro hacia arriba para ver el rostro de mi verdugo, pero ¿no hay nadie?

Me pongo de pie.

La puerta está ligeramente abierta y echo un vistazo a través del hueco. ¿Qué habrá en el exterior? Me asomo y contemplo la soledad y el silencio de la nada. Todo parece despejado y tranquilo. Tengo miedo de salir a explorar, pero no puedo seguir encerrado en este horrible lugar.

Debo escapar.

Salgo, paso a paso y con precaución. Ya en el exterior, un oscuro pueblo sin habitantes se muestra ante mí, esperando mis pasos. Me volteo con cierta curiosidad para contemplar la habitación que acabo de abandonar. Ha desaparecido, siendo reemplazada por una plaza redonda abarrotada de farolas que alumbran con una leve luz amarillenta tras una espesa niebla.

¿Dónde coño estoy?

Vuelvo la mirada al frente. El paraje me vigila con ojos endemoniados. Edificios antiguos, sacados de una película de Jack El Destripador, crean un largo pasillo de ladrillos, sin callejones laterales, como único camino posible.

—¡¿Hay alguien por aquí que me pueda ayudar?! —pregunto al viento.

Nadie responde. Estoy solo, desesperado y confuso, aunque no debería tentar a la suerte. ¿Y si aparece otro visitante como el anterior?

Probaré a avanzar, no me queda otra opción.

Recorro la misma calle, paso a paso, y la estructura se repite en un bucle eterno. Tras unos minutos atrapado en el infinito, el viento me envía el hilo de una femenina, adorable y juvenil voz. ¿Una niña?

—No puedo seguir atrapada aquí, nada puede ser peor que esto —se lamenta.

Corro, desesperado, con la esperanza de encontrar la fuente de las palabras. Veo una figura a lo lejos que aumenta de tamaño según me aproximo. En efecto, es una niña con dos grandes coletas marrones y arrodillada sobre el suelo. Lloro de espaldas a mí, pero de cara a un colosal edificio con una gran cruz en lo alto que la vigila atentamente, similar a un gigantesco guardián de piedra que espera su relevo con disciplina. ¿Es una iglesia? No, parece algo... diferente.

Me acerco tanto a su espalda que puedo oler su infantil aroma.

—Hola, pequeña. Me llamo Alan. ¿Cómo te llamas?

—Vanessa.

—Me he perdido y no tengo ni idea de dónde estoy. ¿Me podrías decir cómo se llama este sitio y si hay algún teléfono cerca? —Lloro sin parar—. ¿Qué te ocurre, por qué lloras?

Ningún sonido sale de sus labios durante un leve instante.

—Tengo que entrar en casa, pero él me vigila y me da miedo —explica la pequeña.

—¿Quién te vigila?

—No te lo puedo decir —susurra.

Gira la cabeza. No me permite ver su rostro porque lo tapa con sus manos. Muestra su labio inferior, y por él nace y desciende una larga gota de sangre, como la saliva de un bebé.

¿Pero qué coño...?

Con un sonido carnoso y saliendo del interior de su boca, una aguja atraviesa el labio, revelándome ser la causa del sangrado, y portando un hilo atado. La pequeña, tapando todavía su cara con una mano, agarra la aguja con la otra y clava la punta afilada en su labio superior. Aprieta poco a poco, rompe la piel y atraviesa la carne, dejando tras de sí gotas de sangre que descienden por su mano. Repite el proceso

varias veces hasta que, con una leve sonrisa, la pequeña no puede hablar porque su boca está cosida.

Doy un paso atrás, aterrado.

—¿Pero qué cojones...?! —balbuceo.

Con sus labios sellados, la niña vuelve la cabeza hacia delante y señala al edificio. Alzo la vista y comprendo el temor de la joven criatura.

Decenas de niños sin piel se arrastran, como arañas en una casa abandonada, por la fachada, gimiendo y gritando. Sus extremidades, plagadas de cortes y heridas, han dado vida a una apestosa y espesa cascada roja que se aproxima hasta nuestros pies.

Las puertas del lugar se abren de golpe y el santuario me muestra la oscuridad de sus entrañas con un ensordecedor golpe seco.

La niña... ha desaparecido.

—¿Dónde estás? —la busco—. ¿Pequeña?

Alguien interrumpe mi búsqueda llamándome. Lo percibo.

—Alan... —susurra una voz desde el interior del edificio.

Es femenina y familiar, pero demasiado débil para identificarla.

No puedo controlar mis impulsos.

¿Será la niña?

Tengo que entrar y comprobarlo.

Atravieso las puertas de la enorme estructura, tan preocupado por el destino de la pequeña que no hago ningún caso a los gruñidos de los niños trepadores sangrantes. Me adentro en el lugar. Acelero el paso a través de un estrecho, oscuro y largo pasillo, interminable a mi parecer.

Corro y corro durante horas.

El pasillo no parece tener fin. Desorientado, vuelvo sobre mis pasos. ¿La puerta ya no está y el pasillo es tan largo que tampoco termina por este lado? ¿Qué está pasando en este lugar? Busco el camino a seguir, pero solo me rodea una extensa oscuridad a ambos lados. Es un túnel eterno con densa niebla negra que me impide ver una meta. A los lados, hay paredes frías y vacías con baldosas de colores uniformes: blanco enrojado y rojo emblanquecido.

Ninguna pista.

No tengo claustrofobia, todo lo contrario. Los lugares estrechos me

han atraído desde pequeño por la seguridad que inspiran. Me escondía en el hueco de la escalera o bajo la mesa. No era muy aplicado a la hora de hacer amigos. Los tuve, sí, pero mi mente también fue una compañera fiel.

¡Algo o alguien me ha tocado el hombro!

— ¡¿Hola?! — pregunto sobresaltado y con el pulso acelerado.

Solo el eco de mi voz y mis latidos me contesta.

La oscuridad aumenta y no me permite ver nada que esté a más de un paso de mí, por ello, no puedo comprobar quién me ha tocado. El que lo hizo, ahora está oculto tras las sombras.

Continúo mi marcha en la penumbra con paso lento, guiándome palpando la pared. A los pocos segundos y por segunda vez, algo rodea mi pierna izquierda y se queda allí.

Será mejor que me detenga para averiguar quién me acompaña.

No puede ser...

Aquello a lo que tengo auténtico terror, sube e invade todos los rincones de mi debilitado cuerpo desde el suelo, por centenares, haciendo sonar sus patas con un ligero silbido.

Me golpeo a mí mismo con dureza para quitar de encima al centenar de arañas que baila por todo mi ser, pero es imposible. Una masa oscura muerde mi piel y mi carne, y penetra en los orificios recién abiertos. Entra y sale a voluntad, alimentándose de mí.

Los arácnidos me queman como cientos de diminutos soles sin luz. Caigo arrodillado, gritando y sufriendo. Los siento tras mi piel, los siento en mi estómago, los siento en mi cabeza, y los siento en mis intestinos, recorriéndolos como niños perdidos en un oscuro laberinto. El dolor, la agonía y el agarrotamiento se apoderan de mis entrañas calientes.

Al mirar mis manos, descubro que sus huesos se han vuelto visibles. Poco a poco, el resto de mi cuerpo también se deshace. La poca piel que me queda es de plástico ardiente y se derrite en cuestión de segundos, mostrando los órganos internos al aire: intestinos, hígado, corazón y pulmones, desparramándolos por el suelo.

— ¡Ayúdame, Alan! — escucho suplicar a la niña desde uno de los extremos del pasillo — . ¡Él se acerca!

Intento mirar en dirección al origen de las palabras, pero es complicado hacerlo siendo solo un caldo de huesos y carne. Me fundo hasta desaparecer entre humo y ceniza.

Todo se vuelve oscuridad y silencio.

Puedo sentir la voz de Judith en un pequeño susurro.

—Buenas noches, Alan. Que descanses, mi amor.